

MISA CRISMAL

PRESIDIDA POR EL **EXCMO. MONS. POLITO RODRÍGUEZ**

MÉNDEZ

ARZOBISPO METROPOLITANO DE BARQUISIMETO

PARROQUIA CATEDRAL

TEXTOS BÍBLICOS: **ISAÍAS 61, 1-3A. 6A. 8B-9. SALMO 88, 21-22. 25
Y 27. 2DA LECTURA DEL LIBRO DEL APOCALIPSIS 1, 5-8. LECTURA
DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 4, 16-21.**

BARQUISIMETO, 28 DE MARZO DEL 2026.

HOMILÍA

Saludo

Hermanas y hermanos, muy amados todos en nuestro Señor Jesucristo:

Los saludo con el corazón rebosante de alegría: Queridos sacerdotes, que hoy renuevan el Sí que sostiene nuestra esperanza; diáconos, seminaristas de nuestro Seminario Divina Pastora, religiosas, religiosos y fieles laicos que han peregrinado desde cada rincón de nuestra Arquidiócesis hasta esta Catedral Metropolitana.

En el umbral de la Semana Santa, nos reunimos para celebrar la Misa Crismal; un encuentro de gracia donde el perfume del óleo y el Santo Crisma nos anuncian la alegría de nuestra salvación y manifiestan la belleza de nuestra Iglesia local en toda su diversidad de carismas.

Sentirnos parte de esta familia arquidiocesana es un regalo; somos la levadura del Evangelio puesta en la masa de nuestra historia para que a todos llegue la salvación.

Homilía

La Palabra de Dios que hemos proclamado nos sitúa hoy en el corazón del misterio sacerdotal. El profeta Isaías nos habla de un Ungido enviado a vendar los corazones desgarrados y a cambiar el traje de luto en perfume de fiesta (cf. Is 61,1-3). Esta profecía no es un recuerdo del pasado, sino una

realidad que, como dice Jesús en el Evangelio, hoy se cumple entre nosotros (cf. Lc 4,18-21).

El Jueves Santo es el día en que el Señor encomendó a los Doce la tarea de celebrar, con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre (cf. Mt 26,26-28; 1 Co 11,23-25). En lugar de los antiguos sacrificios, está ahora el don de sí mismo, que se hace presente en cada Eucaristía como memorial vivo de su Pascua (cf. Lc 22,19). Como enseñaba San Juan Pablo II: “La Iglesia vive de la Eucaristía” (Ecclesia de Eucharistia, 1). Y añadía San Juan María Vianney: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús”, recordándonos que no se puede separar el sacerdocio de la Eucaristía, pues el sacerdote nace de ella y para ella vive. En el misterio de la Eucaristía, “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (Concilio Vaticano II, Lumen Gentium, 11), el Señor sigue entregándose por la salvación del mundo.

El sacerdocio se ha transformado así en algo nuevo: ya no es cuestión de descendencia carnal, sino de encontrarse en el misterio de Jesucristo (cf. Hb 5,1-10). Es Él quien siempre hace el don y nos eleva hacia sí. El misterio de nuestro ministerio radica en que nosotros, seres humanos frágiles, en virtud del Sacramento podemos hablar con su Yo: in persona Christi (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1548). Como lo expresaba Benedicto XVI: El sacerdote no actúa en nombre propio, sino que Cristo mismo actúa a través de él en los sacramentos (Sacramentum Caritatis, 23). Jesucristo quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros.

Necesitamos volver al momento en que Él nos impuso sus manos (cf. 2 Tim 1,6). En el centro de nuestra ordenación está ese gesto antiquísimo con el que el Señor tomó posesión de cada uno de nosotros, diciéndonos: ¡Tú me

perteneces, estás bajo la protección de mi corazón, custodiado en el hueco de mis manos! (cf. Is 49,16).

Nuestras manos han sido ungidas con el Santo Crisma, signo del Espíritu Santo (cf. 1 Jn 2,20). Este óleo perfumado, consagrado por el obispo, no es un simple símbolo, sino signo eficaz que comunica la gracia y configura con Cristo Sacerdote, Profeta y Rey. El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1294) enseña que la unción indica consagración y participación en la misión de Cristo. Además, los santos óleos que se bendicen hoy —el óleo de los catecúmenos, que fortalece en el combate espiritual; el óleo de los enfermos, que consuela y sana en la debilidad (cf. St 5,14-15); y el Santo Crisma, que consagra y envía— manifiestan la ternura de Dios que toca la vida concreta del hombre en los momentos decisivos de su existencia. Como decía San Ambrosio: “Mira el agua, mira el óleo, mira el crisma... y reconoce en ellos la obra de Cristo”.

De modo que las manos del sacerdote expresan su capacidad de entrar en el mundo y asumir sus realidades; pero ahora el Señor las toma para hacerlas suyas, para prolongar en ellas su propia acción.

Quiere que ya no sean instrumentos para tomar posesión de las cosas, sino que transmitan su toque divino al servicio del amor. Así como nos lo recuerda el profeta Isaías: Serán llamados Sacerdotes del Señor (cf. Is 61,6), esto significa que debemos ser hombres de Dios y no simples gestores de ritos o funcionarios de lo sagrado.

Como su Pastor, vivo este momento con especial intensidad. Al ver sus rostros, queridos sacerdotes, doy gracias a Dios por su entrega generosa en

cada comunidad parroquial (cf. 1 Tes 1,2-3). Y los animo a no desistir, a soportar desde el cansancio y la incomprensión (cf. 2 Co 4,7-9). Vivimos tiempos difíciles, pero el Señor está presente en su Iglesia para asistirle y llevarla adelante (cf. Mt 28,20). El Magisterio nos recuerda que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles (cf. Lumen Gentium, 10), edificando el Cuerpo de Cristo a través de la predicación, los sacramentos y la guía pastoral. En efecto, los sacramentos, instituidos por Cristo (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1113), son acciones suyas en la Iglesia, y el sacerdote es el humilde instrumento mediante el cual Él continúa santificando a su pueblo.

Nuestra misión se desarrolla en un contexto de profunda crisis e indiferencia que parece querer silenciar a Dios. Sin embargo, ser sacerdote significa convertirse en amigo de Jesucristo (cf. Jn 15,15). Esta amistad significa comunión de pensamiento, de voluntad y de sentimientos (cf. Flp 2,5). Por eso, el sacerdote debe ser, ante todo, un hombre de oración (cf. Mc 1,35).

El simple activismo, aunque sea heroico, queda sin fruto si no brota de una íntima comunión con el Señor (cf. Jn 15,5). El mundo, con su activismo frenético, pierde a menudo la orientación; nuestras capacidades resultan destructivas si faltan las fuerzas de la oración, de las que brotan las aguas de la vida (cf. Jn 7,37-38) capaces de fecundar la tierra árida de nuestra realidad.

Esta unción no es propiedad privada del clero. El Apocalipsis nos recuerda que Cristo nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre (cf. Ap 1,6).

Y a ustedes, fieles laicos, los animo a hacer vida activa en sus comunidades. No son espectadores de la fe, sino protagonistas de la caridad en el corazón del mundo (cf. Christifideles Laici, 3). Su misión es indispensable para que el Evangelio llegue a donde el sacerdote a veces no puede entrar. La fe en Jesús es el medio por el cual nos aferramos a su mano para no hundirnos en las aguas fragorosas de este siglo (cf. Mt 14,30-31).

Sacerdotes y laicos, estamos llamados a ser maestros del encuentro que levantan al caído y sanan al herido (cf. Lc 10,33-34).

De manera especial, hoy dirigimos nuestra mirada a los misioneros que partirán a las comunidades de Quíbor. El Espíritu del Señor está sobre ustedes porque los ha ungido para esta misión (cf. Is 61,1). Van a Quíbor a prestarle sus pies a Jesús para que Él pueda caminar por esas calles (cf. Rom 10,15). Solo seremos capaces de llevar salvación compartiendo el dolor y absorbiéndolo en nuestra propia carne, como lo hizo el Maestro (cf. Is 53,4).

Anuncien el año de gracia del Señor (cf. Lc 4,19) y sean presencia viva que transforma el abatimiento en cánticos. Que, al ver sus obras, los habitantes de Quíbor reconozcan que son la estirpe que bendijo el Señor (cf. Is 61,9).

No se cansen de hacer el bien (cf. Gal 6,9), den testimonio de fe, de entrega generosa y desinteresada, protejan lo que el Señor les confía, el Evangelio (cf. 2 Tim 1,14). Recen el rosario, animen a quienes se sienten solos y abatidos, apoyen a los sacerdotes, cuídenlos, sean cercanos, no se dejen gobernar por el orgullo y la soberbia, pongan en práctica el arte de la escucha y recuerden que es el Señor el que los envía (cf. Jn 20,21). Que todo lo que

puedan aprender durante estos días santos fortalezca su fe y les permita seguir impulsando en toda la extensión de nuestra arquidiócesis las pequeñas comunidades cristianas y el trabajo que en ellas se realiza (cf. Hch 2,42-47).

Despedida

Finalmente, quisiera que elevemos una oración por nuestros sacerdotes ancianos y enfermos, y encomendemos a la misericordia del Padre a nuestros hermanos que han partido a su Casa desde la última Misa Crismal. Que la Divina Pastora, Madre de los pastores y de todo el pueblo fiel de Barquisimeto, nos acompañe y nos aliente a ejercer con fidelidad y alegría el ministerio que su Hijo nos ha confiado. Que ella nos enseñe a no soltar nunca la mano del Señor, para que nuestro ministerio dé fruto abundante y podamos cantar eternamente sus misericordias.

Amén.